

EL REENCUENTRO

Jorge Medina



Capítulo 1

Arriba el sol de media tarde. Los amantes sonríen asustados bajo el carambolo del jardín.

—Debo irme.

—Eso dices.

—Lo dice mi papá. No es fácil tampoco para mí. Te escribiré cada semana.

—Luisa.

—Dime.

—Cada semana. Cada semana.

Una ráfaga azota el cabello de Luisa en la cara del hombre. Él se lo quita con dos dedos y la abraza. No saben cuándo volverán a verse, acaso nunca. El beso de despedida está cargado de nostalgia por el futuro.

A la semana llegó la carta.

Fue una gran carta.

Hablaba del viaje, de cómo se sonreía ante la novedad de los paisajes alemanes. Mencionó a Goethe en una frase majestuosa que no merece repetirse, pero quedó permanentemente grabada en la enamorada mente del muchacho. Jamás memoricé una frase tan rápido, escribió al iniciar su carta, y seguro nunca recordé tan fresco tu rostro, continuó.

Las cartas viajaron de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, por medio mundo, durante cuatro años.

Cuatro años de encomiable escritura epistolar, de salticos a la ausencia, de besos navegantes y aeronáuticos. Quizá, nunca estuvieron tan cerca, porque la intimidad de una carta es superior cuando la boca y el cuerpo se avergüenzan por hacer y decir; no hay nada como alejarse, escribirse cartas para juntarse.

El plan secreto se vio posible en el cuarto año. Empacó, viajó, averiguó en un alemán adolorido hasta encontrar el restaurante tan maravillosamente descrito en las misivas de la amante. Las indicaciones que ella enviaba en el simulado juego del reencuentro, al fin, le fueron

útiles. Regresó al hotel, se preparó para dar la sorpresa esa noche.

Caminó con una sonrisa difícil de evitar.

Era un poco aterrador, hay que decirlo.

La alegría tiene la manía de aliarse con lo ominoso.

Era viernes (*Freitag*, le explicaba ella), la noche del viernes siempre reservada para la carta. Allí estaba, jorobada sobre las mesas que conoció por las palabras, en ese rincón de la izquierda desde el cual podía ver la tienda de abalorios donde dejaba el dinero los domingos. Desde allí viajó hasta América una estatuilla de Venus.

Entró, decidido y nervioso. Se acercó a la mesa, tomó una silla y se sentó. Logró ocultar, medianamente, la ominosa felicidad del rostro transformada en una sonrisa espasmódica.

— *Kann ich die Speisekarte haben, bitte?* —preguntó él, juguetonamente.

— *Tut mir leid, diese Tabelle ist reserviert* —respondió ella, sin levantar la mirada, claramente dedicada a la escritura sobre ese papel azul, tan bien conocido por el hombre.

—Nunca me escuchaste hablar en alemán.

Ella lo vio, fijamente.

Él seguía sonriendo.

Ella estrechó la frente, sutilmente.

Él siguió sonriendo.

Ella miró por encima del hombro del visitante, buscando a su padre. Él se giró para ver lo que ella veía y vio al viejo que los miraba desde la caja registradora.

—Discúlpeme —dijo, levantándose—. Gute nacht.

— Gute nacht.

